

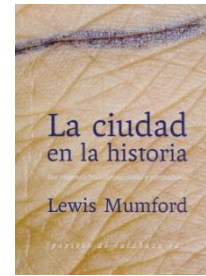
La ciudad en la historia

Lewis Mumford

Logroño: Pepitas de calabaza

ISBN: 978-84-939437-8-3

1159 páginas



José Fariña Tojo

Universidad Politécnica de Madrid

jose.farina@upm.es

La editorial Pepitas de Calabaza ha reeditado la obra monumental de Lewis Mumford, “*La ciudad en la historia*”, por primera vez en España (la traducción es de Enrique Luis Revol y está revisada por Javier Rodríguez Hidalgo). Con este motivo pensé que sería un buen momento para volver a uno de los libros que más me impactó cuando lo leí en mi juventud. Debo confesar que casi siempre que he vuelto a aquellos lugares que han formado mis recuerdos y que, por diferentes circunstancias de la vida, han ido quedando como relegados por las urgencias, siempre me ha sorprendido cómo el tiempo magnifica las cosas. Ese parque de mi niñez que recuerdo como un bosque impenetrable se me antoja hoy, cuando lo recorro, pequeño y escasamente impactante. Mi miedo era que con este libro me pasara algo parecido. Claro que lo he consultado muchas veces a lo largo de estos años. Los dos volúmenes de que consta la edición de la editorial Infinito que tengo desde hace mucho tiempo están viejos, desgastados, llenos de anotaciones, con guías en muchas de sus páginas que se han quedado allí para siempre. Para un profesor de urbanismo su consulta es necesaria con bastante frecuencia. Pero no me había enfrentado a su lectura completa y en exclusiva desde hacía muchos años.

Y antes de seguir adelante debo decir que el resultado de esta ciudad en la historia “revisitada” ha sido agrídulce. Así como el libro de Jacobs, “*Muerte y vida de las grandes ciudades*”, se lee como si no hubiera pasado el tiempo desde que lo escribió, el de Mumford tiene partes con un cierto olor a armario cerrado. He mencionado el libro de Jacobs porque es bien conocida la rivalidad entre ellos y, además, porque las fechas de edición de ambos libros son coincidentes: 1961. “*La ciudad en la historia*” tiene un subtítulo: “*Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*”. Sigo considerando monumental la aportación de Mumford en todo lo relativo a la transformación de las ciudades. Su análisis de los procesos es, sencillamente, magistral. Pero, con el paso del tiempo algunos de los elementos relativos a los orígenes se echan en falta. No es que sus planteamientos sean erróneos.

Increíblemente, y a pesar de que a veces se le muestra como un abanderado de un cierto “ecologismo social” (Murray Bookchin), hay determinados elementos relacionados con el territorio que, sencillamente, se ignoran en su obra. Pero donde el libro de Mumford se ha quedado relegado por los acontecimientos es en el apartado de perspectivas.

Tampoco se puede entender demasiado “*La ciudad en la historia*” sin saber que es el desarrollo y culminación de su obra “*The Culture of Cities*” (1938), en la que pretendía analizar los orígenes de la ciudad y la civilización moderna proponiendo alternativas a los errores que detectaba. Como Camillo Sitte consideraba la ciudad medieval como el modelo ideal. Modelo degradado posteriormente por el capitalismo y por el poder centralizado que daría lugar a la ciudad barroca. Algunos de los capítulos “*The Culture of Cities*” son retomados casi intactos en “*La ciudad en la historia*”, pero muchas otras partes se reelaboran por completo de forma que, al final, se trata de un libro casi enteramente nuevo en el que la ciudad moderna surge como el triunfo del maquinismo. Este triunfo se concreta en enormes megalópolis basadas en la combinación de desplazamientos en automóvil y una suburbanización extensiva en la que los individuos se sitúan por encima de los ciudadanos. Sus propuestas de cambio, basadas básicamente en la Ciudad Jardín de Howard, son la parte que más ha acusado el paso del tiempo. Sobre todo considerando que el origen de la práctica totalidad de estos inmensos suburbios banales en los que predomina el *sprawl* son, precisamente, el resultado concreto de las soluciones reales dadas a la llamada Ciudad Jardín. Aunque sus defensores hablan de consideraciones urbano-ecológicas en sus propuestas, lo cierto es que el tiempo ha demostrado que, actualmente, la llamada Ciudad Jardín y la descentralización se van entendiendo como los mayores ataques a una consideración ecológica del territorio.

A pesar de estas críticas aparentemente negativas, las semanas que he dedicado a su relectura no me han parecido una pérdida de tiempo. Al contrario, cuando terminé el capítulo XVIII y cerré el libro, probablemente hacía tiempo que no había sentido una sensación tan intensa de que había hecho algo importante. Pensé inmediatamente que esto era lo que querría transmitir al lector que leyera la reseña que me habían encargado. Por supuesto, a mis alumnos. Pero no sólo a ellos, porque parte de las claves de la comprensión de lo que está ocurriendo ahora mismo están en las cerca de 1200 páginas del libro. No es una novela, claro, y su lectura es algo más que los 140 caracteres de un *tuit* (lo cual puede desanimar a más de un habitante de la red), pero la experiencia de su lectura de principio a fin es incomparable. No es *la ciudad en la historia* lo que se refleja en sus páginas. Es mucho más. Es, probablemente, el intento de comprensión global más intenso que se ha producido hasta el momento del principal artefacto que ha producido el ingenio humano: la vida urbana.

En mi antigua edición en dos volúmenes, el primero llegaba hasta el capítulo X (incluido), “El orden doméstico en la ciudad medieval”, supongo que por motivos editoriales de no descompensar ambas partes. Pero, en realidad, al leerlo en único tomo el verdadero corte se produce en el capítulo XI, “Quebrantos medievales y anticipos de la vida moderna”. Corte que, además, se corresponde con algo más de la mitad del número de páginas. Acostumbrados a historias del urbanismo que dividen la explicación de la historia de la

ciudad antes y después de la Revolución Industrial (sobre todo aquellas con orientación en el planeamiento), sólo este hecho ya puede dar una idea de la importancia que otorga Mumford a las primeras etapas.

Y es precisamente en esta primera parte donde pienso que la aportación de Mumford es imperecedera. Eso no significa, tanto en mi caso como en el de cualquiera que la lea, estar de acuerdo con todo lo que se dice. Pero la impresión de unidad y coherencia que el lector percibe a lo largo de la explicación de todos los procesos y de la evolución del artefacto ciudad en el tiempo es magistral, aunque hay que advertir que se trata de un relato puramente antropocéntrico y desde un modo de vida urbano. La ciudad, el hecho urbano, se estudia, se analiza, se explica, como si la naturaleza no existiera. Las escasas veces que aparece lo hace siempre de forma lateral y subordinada. A pesar de su admiración por Geddes. El mismo hecho de la existencia de las murallas no se considera (como lo hace Rickwert) un intento de separarse de la naturaleza, sino un intento de separarse de otros humanos. Esta es la tónica general y lo que, en cierto modo, se echa en falta en su discurso. En general, no sobra nada y lo que dice es coherente y tiene una fundamentación sólida. Pero los que hemos aprendido a ver la ciudad también desde el territorio notamos como si nos faltara una parte.

La crítica a la que aludía al comienzo se refiere a la visión que propone en el último capítulo. Se atisban cosas importantes, algunas de las cuales respondían a los problemas planteados en los tres capítulos anteriores dedicados a “la ciudad paleotécnica”, “los suburbios” y “la megalópolis”, pero el cambio radical que se produce a mitad de los años ochenta cuando el consumo mundial alcanza la biocapacidad de la Tierra, y a partir de los noventa con la sociedad de la información, hace que algunas de las cosas que se dicen nos parezcan realmente alejadas de los problemas reales a los que nos enfrentamos. A pesar de esto, hay apartados verdaderamente modernos que nos hablan todavía de nuestro tiempo. Sencillamente como ejemplo y para animar al lector a su lectura voy a reproducir algunos títulos: el modo de vida suburbano, el suburbio de masas como anticuidad, familias en el espacio, la supresión de los límites, gigantismo proliferante, el recipiente que revienta, el destino de la Megalópolis, función cultural de la ciudad mundial o la ciudad invisible.

Probablemente un acercamiento actual a esta obra de Mumford sin situarla en el contexto en el que fue escrita no haga justicia a sus tremendas aportaciones. Debo reconocer que, como Mumford, personalmente me siento un aprendiz de otro de los grandes hitos en la comprensión de la ciudad, Patrick Geddes. Pero así como Geddes centra su mirada en el territorio, Mumford lo hace en la ciudad. Y ambos proponen una visión integradora, holística, no sectorial. Pero la relación entre ambos no está exenta de claroscuros. Para Geddes el método de acercamiento a la comprensión de estos procesos tenía una finalidad básicamente ligada a la educación de los habitantes. Lo entendía como un sistema creador de identidad. Mumford lo ve más como un sistema analítico enfocado al conocimiento, incluso a la obtención de datos en su etapa de planificador. Pero no sólo hay influencias de Geddes. Referencias a Ebenezer Howard se pueden encontrar en una gran parte de sus publicaciones, incluso en 1946 prologa una reedición de “*Garden Cities of To-morrow*”. En este apartado habría que citar también a Piotr Kropotkin o a Eliseo Reclus.

Ignoro cómo Pepitas de Calabaza ha llegado a culminar la reedición de este libro. Una editorial que en su fondo cuenta con “*Veintidós cuentos picantes*” de Samaniego, “*Esa mala fama...*” de GuyDebord (muy relacionado con la Internacional Situacionista y autor de La “*Sociedad del Espectáculo*”, soy uno de sus seguidores, incluso he publicado algo en mi blog), “*El arte de tirarse pedos*” (ensayo físico-teórico y metódico de 1751), “*¿Qué hay de nuevo viejo?*” del Grupo Surrealista de Chicago, “*¿Qué es la patafísica?*” de Enrico Baj o “*Cómo vivimos o podríamos vivir*” de William Morris, no está mal que se haya decidido con el libro de Mumford. Si a esto le añadimos que en su catálogo están también los dos volúmenes de “*El mito de la máquina*” (“*Técnica y evolución humana*” y “*El pentágono del poder*”), otra de las obras fundamentales de Mumford, no parece que esta edición haya visto la luz por casualidad. En cualquier caso, algunos de sus planteamientos se han visto cercanos a ciertas posturas anarquistas y no parece muy extraño encontrar su obra al lado de algunas de las citadas.

La personalidad de Mumford es ciertamente peculiar porque resulta que, además de que sus ideas se ven con simpatía desde posiciones cercanas al anarquismo (a cierto anarquismo), también se ven con interés desde instancias más oficiales (ciertas instancias oficiales). De forma que puede aparecer citado en multitud de lugares tan distintos que podrían llevar a la confusión sobre el encuadre de sus ideas. Lo mismo que en el caso de Jane Jacobs, su formación no fue académica. Es más, estaba en una posición bastante contraria a todo lo académico y oficial. Muchas veces se le menciona como urbanista. Sin embargo, el problema del urbanismo relacionado con el pensamiento liberal (digamos libre, para que nadie se sienta ofendido) es que, tarde o temprano, incurre en contradicciones al tropezar con la necesidad de regular. Algunas de estas contradicciones se detectan en *La ciudad en la historia*. No obstante, la visión global, casi holística, que propone para explicar los procesos urbanos y la evolución de la urbanización, es lo que todavía se ve como su gran aportación. Y lo que, al terminar, la lectura del libro nos produce esa emoción de “todo coherente” y comprensible. Y digo “casi holística” porque para serlo de verdad le falta la integración de los sistemas naturales que, sin embargo, en Jacobs está siempre presente como trasfondo y contraposición a la ciudad.

Esta “revisita” a Mumford ha merecido la pena. En primer lugar porque, últimamente, sólo leo en digital. El reencontrarme con el papel, con el peso del libro (realmente pesa), con la acción de pasar las páginas y sentir su sonido, con la belleza de la composición de cada página pensada para un soporte concreto y no para múltiples soportes, el tipo de letra específico y adecuado a la composición del texto, el cuidado de quitar la sobrecubierta para que no se estropee... Y luego, el perseverar en la lectura cuando quedan por delante más de mil páginas que no son precisamente una novela. El tratar de ir resumiendo mentalmente lo leído y tratando de anticipar lo que vendrá. El ir descubriendo a donde te lleva el autor. Sobre todo a los jóvenes “digitales” tengo que decirles que es una experiencia que no deben perderse. Y a todos aquellos que tienen inquietudes relacionadas con la ciudad, que no pueden dejar de leer este libro. Aunque tarden tiempo en leerlo, aunque no estén de acuerdo con algunas de las cosas que se dicen (se dicen tantas que seguro hay acuerdos y desacuerdos), el resultado es muy gratificante.

Madrid, febrero de 2013.